

¿ES POSIBLE LA SEMÁNTICA?

En la última década parece haberse realizado un enorme progreso en la teoría sintáctica de los lenguajes naturales, en gran medida como resultado del trabajo de los lingüistas influidos por Noam Chomsky y Zellig Harris. Ningún progreso comparable parece haberse efectuado en la teoría semántica de los lenguajes naturales, y quizá sea tiempo de preguntar a qué se debe esto. ¿Por qué es tan *dura* la teoría del significado?

EL SIGNIFICADO DE LOS NOMBRES COMUNES

Para hacernos una idea de las dificultades, veamos algunos de los problemas que surgen en conexión con los nombres generales. Los nombres generales son de muchas clases. Algunos, como *soltero*, admiten una definición explícita directa ('hombre que nunca se ha casado'); pero la abrumadora mayoría no admite tal definición. Algunos de ellos se derivan, mediante transformaciones, de formas verbales, e.g., *Cazador* = *uno que caza*. Una clase importante, tanto filosófica como lingüísticamente, es la clase de los nombres generales asociados con *especies naturales* — esto es, con clases de cosas que consideramos que tienen importancia explicativa; clases cuyas características distintivas normales están "aglutinadas" o incluso explicadas por mecanismos profundos. *Oro*, *limón*, *tigre*, *ácido*, son ejemplos de tales nombres. Quiero empezar este artículo sugiriendo que (1) las teorías *tradicionales* del significado falsifican radicalmente las propiedades de tales palabras; (2) los lógicos como Carnap casi no hacen otra cosa que formalizar estas teorías, inadecuaciones y todo, tradicionales; (3) teorías semánticas como la producida por Jerrold Katz y sus colaboradores comparten de igual manera todos los defectos de la teoría tradicional. En la afortunada frase de Austin, lo que los filósofos, lógicos y "teóricos semánticos" por igual nos han dado es una "descripción carcomida por el mito".

Desde el punto de vista tradicional, el significado de, digamos, 'limón', está dado al especificar una conjunción de *propiedades*. Para cada una de estas propiedades, el enunciado 'los limones tienen la propiedad *P*' es una verdad analítica; y si P_1, P_2, \dots, P_n son todas las propiedades en la conjunción, entonces 'cualquier cosa con todas las propiedades P_1, \dots, P_n es un limón' es, asimismo, una verdad analítica.

En un sentido, esto es trivialmente correcto. Si se nos permite inventar propiedades no analizables *ad hoc*, entonces podemos encontrar una única propiedad — ni siquiera una conjunción — cuya posesión sea una condición necesaria y suficiente para ser un limón, o ser oro, o cualquier cosa. Es decir, nosotros simplemente postulamos *la propiedad de ser un limón*, o *la propiedad de ser oro*, o

la que pueda requerirse. Si, no obstante, exigimos que las propiedades P_1, P_2, \dots, P_n no tengan este carácter *ad hoc*, entonces la situación es muy diferente. En verdad, dada cualquier comprensión natural del término ‘propiedad’, es simplemente *falso* decir que el que algo pertenezca a una especie natural sea simplemente adscribirle una conjunción de propiedades.

Para ver por qué es falso, consideremos el término ‘limón’. Las supuestas “características definitorias” de los limones son: color amarillo, sabor agrio, una cierta clase de cáscara, etc. ¿Por qué el término ‘limón’ *no* es definible mediante la simple agregación de estas “características definitorias”?

La dificultad más obvia es que una especie natural puede tener *miembros anormales*. Un limón verde sigue siendo un limón — inclusive si, debido a alguna anomalía, *nunca* se pone amarillo. Un tigre de tres patas sigue siendo un tigre. El oro en estado gaseoso sigue siendo oro. Sólo los limones normales son amarillos, agrios, etc.; sólo los tigres normales tienen cuatro patas; sólo bajo condiciones normales el oro es duro, blanco o amarillo, etc.

Para resolver esta dificultad, probemos la siguiente definición: X es un *limón* = *df*: X pertenece a la especie natural cuyos miembros normales tienen cáscara amarilla, sabor agrio, etc.

Hay, desde luego, un problema con el ‘etc.’. Hay también un problema con ‘sabor agrio’: ¿no debería ser sabor a *limón*? Pero ignoremos esas dificultades, al menos por el momento. Ocupémonos más bien de las dos nociones que han surgido con la definición que hemos propuesto: las nociones de *especie natural* y la de *miembro normal*.

Un *término* de especie natural (de esta manera la atención se desplaza, por el momento, de las especies naturales a sus designaciones preferidas) es un término que desempeña una clase especial de papel. Si describo alguna cosa como un *limón*, o como un *ácido*, indico que es probable que tenga ciertas características (cáscara amarilla, o sabor amargo al disolverse en agua, según sea el caso); pero también indico que, si esas características están presentes, es probable que su presencia se explique mediante alguna “naturaleza esencial” que la cosa comparte con otros miembros de la especie natural. Lo que la naturaleza esencial sea no es una cuestión de análisis de lenguaje, sino de construcción de teorías científicas: hoy diríamos que es la estructura de los cromosomas, en el caso de los limones, y el ceder protones, en el caso de los ácidos. Así, es tentador decir que un término para especie natural es un término que juega una cierta clase de papel en la teoría científica o precientífica: a grandes rasgos, el papel de señalar los “rasgos esenciales” o “mecanismos” comunes que se encuentra más allá y por debajo de las obvias “características distintivas”. Pero esto es vago, y es probable que así se quede. La metaciencia se halla en su

infancia, términos como ‘especie natural’ y ‘miembro normal’ están en el mismo caso que términos metacientíficos más familiares como ‘teoría’ y ‘explicación’, por lo menos en lo que concierne a la resistencia que presentan a un análisis rápido y definitivo.

Inclusive si *pudiéramos* definir ‘especie natural’ — digamos, ‘una especie natural es una clase que es la extensión de un término *P* que juega tal y tal papel metodológico en alguna teoría bien confirmada’ — la definición obviamente comportaría una teoría del mundo, al menos en parte. No es *analítico* que las especies naturales sean clases que juegan ciertas clases de papeles en las teorías; lo que *realmente* distingue a las clases que consideramos especies naturales es en sí mismo una cuestión de investigación científica (de alto nivel y muy abstracta) y no simplemente de análisis de significado.

El que la definición propuesta de ‘limón’ use términos que por su parte se resisten a la definición no es, sin embargo, una objeción fatal. Detengámonos para observar, por lo tanto, que si ello es correcto (y en breve mostraremos que incluso está radicalmente ultrasimplificado), entonces la idea tradicional de la fuerza de los términos generales es terriblemente errada. Decir de algo que es un limón es, de acuerdo con la definición anterior, decir que pertenece a una especie natural cuyos miembros normales tienen ciertas propiedades; pero no es decir que ese algo tenga necesariamente esas propiedades. No hay verdades *analíticas* de la forma *todo limón tiene P*. Lo que ha sucedido es esto: la teoría tradicional ha adoptado una explicación que es correcta para conceptos “de un solo criterio” (esto es, para conceptos como “soltero” y “zorra”) y ha hecho de ella una explicación general del significado de los nombres generales. De una teoría que describe correctamente la conducta de quizá unas trescientas palabras, se ha afirmado que describe correctamente la conducta de decenas de miles de nombres generales.

También es importante notar lo siguiente: si la definición anterior es correcta, entonces el conocimiento de las propiedades que una cosa tiene (en cualquier sentido natural y no *ad hoc* de ‘propiedad’) no basta para determinar, de ninguna manera mecánica o algorítmica, si es o no un limón (o un ácido, o lo que sea). Porque inclusive si tengo una descripción, digamos, en el lenguaje de la física de partículas, de lo que de hecho son las propiedades de los cromosomas de una fruta, puedo ser incapaz de decir que se trata de un limón porque no he desarrollado la teoría de acuerdo con la cual (1) aquellas características fisicoquímicas son los rasgos estructurales de los cromosomas (puedo, incluso, carecer de la noción de “cromosoma”), y (2) puedo no haber descubierto que la estructura cromosómica es la propiedad *esencial* de los limones. El significado no determina la extensión, en el sentido de que, dados el significado y una lista de todas las “propiedades” de una cosa (en cualquier sentido particular de ‘propiedad’), uno puede simplemente *leer* si la cosa es un limón o no (o un ácido, o lo que sea). Inclusive dado el significado, el

que una cosa sea o no un limón es, o al menos puede ser en ocasiones, una cuestión de lo que es el mejor esquema conceptual, la mejor teoría, el mejor esquema de “especies naturales”. (Esto es, desde luego, una de las razones por las cuales fracasan los esquemas de traducción fenomenalistas).

Estas consecuencias de la definición propuesta son, creo, correctas, aunque la definición propuesta siga siendo una terrible ultrasimplificación. ¿Es acaso una verdad necesaria el que los limones “normales” de acuerdo con nuestra idea (los amarillos agrios), sean realmente miembros normales de su especie? ¿Es lógicamente imposible que hayamos tomado lo que en verdad son limones muy atípicos (quizá enfermos) por limones normales? De acuerdo con la definición anterior, si no hay una especie natural cuyos miembros normales sean amarillos, agrios, etc., entonces incluso esas frutas agrias, amarillas, de cáscara gruesa, etc., con las cuales hago limonada, *literalmente no son limones*. Pero esto es absurdo. Está claro que son limones, aunque no es analítico que sean limones *normales*. Además, si el color de los limones cambiara — digamos, como resultado de la aparición en la atmósfera terrestre de algunos gases que pigmentaran la cáscara de los limones — no diríamos que los limones habrían dejado de existir, aunque una especie natural cuyos miembros normales eran *amarillos* y tenían las otras características de los limones *habría* dejado de existir. Así, pues, la definición anterior es correcta en la medida en que dice que lo que *no* es analítico efectivamente no lo es; pero es incorrecta por cuanto lo que sería analítico si fuera correcta no lo es. Hemos flexibilizado la lógica de los términos de especies naturales, en comparación con el modelo de “conjunción de propiedades”; pero no la hemos flexibilizado lo suficiente.

Acabamos de considerar dos casos: (1) los miembros normales de la especie natural en cuestión pueden no ser realmente aquéllos que *pensamos* que lo son; (2) las características de la especie natural pueden cambiar con el tiempo, debido posiblemente a un cambio en las condiciones, sin que la “esencia” cambie tanto como para que deseemos dejar de usar la misma palabra. En el primer caso (los limones normales son azules, pero nosotros no hemos visto ningún limón normal), nuestra teoría de la especie natural es falsa; pero hay al menos una especie natural acerca de la cual tenemos una teoría falsa y, por ello, podemos seguir aplicando el término. En el segundo caso, nuestra teoría fue verdadera por lo menos en una ocasión, pero ha dejado de serlo, aunque la especie natural no ha dejado de existir, motivo por el cual podemos seguir aplicando el término.

Intentemos cubrir ambas clases de casos modificando nuestra definición de la manera que sigue:

X es un *limón* = X pertenece a una especie natural cuyos... (como antes) o X
df pertenece a una especie natural cuyos miembros normales

solían... (como antes) o X pertenece a una especie natural de cuyos miembros normales se creía en otro tiempo, o erróneamente se cree hoy día, que... (como antes)

De manera no técnica, el problema con esta “definición” es que está algo loca. Inclusive si pasamos por alto los requerimientos de la cordura (y, en verdad, en filosofía es bastante habitual ignorar semejantes requerimientos), de todos modos no funciona. Supóngase, por ejemplo, que hace algunas decenas de miles de años los limones eran desconocidos, pero se conocían algunas naranjas atípicas. Supóngase que estas naranjas atípicas tenían exactamente las propiedades de cáscara, color, etc., que tienen los limones; más aún, podemos suponer que sólo un biólogo habría podido decir que en realidad se trataba de naranjas raras y no de limones normales. Supóngase que la gente que vivía en aquel tiempo las consideraba miembros normales de una especie y, de acuerdo con ello, pensaba que las naranjas tienen exactamente las propiedades que de hecho tienen los limones. De modo que todas las naranjas que actualmente existen serían limones, de acuerdo con la definición anterior, puesto que pertenecen a una especie (una especie natural) de la que en algún momento se creyó que sus miembros normales tienen las características de cáscara amarilla, sabor a limón, etc.

En lugar de tratar de complicar todavía más la definición, a la manera de los filósofos constructores de sistemas, observemos simplemente qué salió mal. Es verdad — y esto es lo que la nueva definición trata de reflejar — que un uso posible de un término de especie natural es el siguiente: referir a una cosa que pertenece a una especie natural que *no* se ajusta a la “teoría” asociada con el término para la especie natural, pero de la cual se creía que sí satisfacía aquella teoría (y, de hecho, que era la especie natural que satisfacía la teoría) cuando la teoría aún no había sido falsificada. Inclusive si los gatos resultan ser robots manejados a control remoto desde Marte los seguiremos llamando ‘gatos’; inclusive si resulta que las rayas de los tigres están pintadas para confundirnos, los seguiremos llamando ‘tigres’; inclusive si los limones normales son azules (hemos estado comprando y cultivando limones muy atípicos, pero no lo sabemos), siguen siendo limones (y también los amarillos). No sólo *seguiremos* llamándolos ‘gatos’, son gatos; no sólo seguiremos llamándolos ‘tigres’, son tigres; no sólo seguiremos llamándolos ‘limones’, son limones. Pero el hecho de que un término tenga diferentes usos posibles no lo transforma en un término disyuntivo; el error está en tratar de representar la compleja conducta de una palabra de especie natural mediante algo tan simple como una definición analítica.

Decir que una definición analítica es un medio de representación demasiado simple no es decir que ninguna representación sea posible. En verdad, es posible una representación muy sencilla, a saber:

limón: palabra de especie natural

características asociadas:
cáscara amarilla, sabor agrio, etc.

Para completar esto, deberían decirse muchas más cosas acerca de la conducta lingüística de las palabras de clases naturales; pero no se necesita decir nada más acerca de *limón*.

LA TEORÍA DEL SIGNIFICADO DE KATZ

El punto de vista de Carnap acerca del significado en el lenguaje natural es el siguiente: dividimos el espacio lógico en “mundos lógicamente posibles”. (Que esto pueda ser en gran medida relativo a un lenguaje, y que pueda presuponer la distinción analítico-sintético que precisamente espera encontrar mediante su procedimiento cuasi operacional, son objeciones que él no discute). Se pregunta al informante si diría o no que algo es el caso en cada mundo lógicamente posible, siendo la asunción que (1) cada mundo lógicamente posible puede describirse con la claridad suficiente para que el informante se pronuncie; y (2) que el informante puede decir que la oración en cuestión es *verdadera/falsa/ambigua* tan sólo sobre la base de la descripción del mundo lógicamente posible y del significado (o “intención”) que él asigna a la oración en cuestión. La segunda asunción es falsa, como acabamos de ver, aunque sea por la razón de que la teoría tradicional del significado es falsa: inclusive si conozco el “mundo lógicamente posible” que se tiene en mente, la decisión de si algo es o no, por ejemplo, un limón, podría requerir que se decidiera cuál es la mejor *teoría*; y esto no es algo que vaya a determinarse formulándole a un informante preguntas optativas en un oficina rentada. Esto, desde luego, no es decir que ‘limón’ no tenga significado; es decir que el significado no tiene una conexión *tan* simple con la extensión, así se trate de la “extensión en mundos lógicamente posibles”.

Sin embargo, Carnap no es mi principal presa. La teoría en la cual quiero concentrarme es la “teoría semántica” recientemente propuesta por Katz y sus colaboradores. Los principales lineamientos de la teoría son los siguientes:

- (1) El significado de cada palabra está caracterizado por una cadena de “marcadores semánticos”.
- (2) Estos marcadores representan “conceptos” (los “conceptos” mismos son, en la filosofía del lenguaje de Katz, procesos cerebrales; pero aquí haré caso omiso de este *jeu d'esprit*.) Ejemplos de tales conceptos son: *no casado*, *animado*, *foca*.
- (3) Cada uno de estos conceptos (un concepto para el cual se introduce un marcador semántico) es un “universal lingüístico” y representa una noción *innata*, en uno u otro sentido “erigida dentro” del cerebro humano.
- (4) Hay reglas recursivas — y este es el “núcleo” científico de la “teoría semántica” de Katz — mediante las cuales se derivan las “lecturas” de oraciones enteras (siendo

éstas, igualmente, series de marcadores) a partir de los significados de las palabras individuales y de la estructura profunda de la oración (en el sentido de la gramática transformacional).

(5) Se dice del esquema como un todo que está justificado a la manera en que se dice que lo está una teoría científica: por su capacidad de explicar cosas tales como nuestras intuiciones de que ciertas oraciones tienen más de un significado o de que ciertas oraciones son extrañas.

(6) Se supone que también las relaciones de analiticidad son susceptibles de leerse a partir de la teoría: por ejemplo, del hecho de que los marcadores asociados con “no casado” aparezcan en conexión con “soltero”, se puede ver que “todos los solteros son no casados” es analítico; y del hecho de que los marcadores asociados con “animal” aparezcan en conexión con “gato” se puede ver (supuestamente) que “todos los gatos son animales” es analítico.

Hay en este esquema inconsistencias internas que se manifiestan de inmediato. Por ejemplo, se da “foca” como un ejemplo de “universal lingüístico” (por lo menos en una lectura para “soltero” aparece “foca” como parte del “distinguidor” — la lectura divergente: *joven foca macho de pelaje* en uno de los ejemplos de Katz); pero en ninguna teoría de la evolución humana es universal el contacto con las focas. En verdad, inclusive el contacto con el *vestirse* o con el *mobiliario* o con la *agricultura* no es de ninguna manera universal. Así, debemos considerar que Katz quiere decir que siempre que aparezcan tales términos éstos podrían analizarse todavía más en conceptos que realmente fueran tan primitivos que pudiera argumentarse en favor de su universalidad. Es innecesario decir que este programa nunca ha sido realizado y que el mismo Katz constantemente lo ignora al dar ejemplos. Pero el punto de mayor interés para nosotros es que este esquema es una burda traducción al lenguaje “matemático” precisamente de la teoría tradicional que nos hemos ocupado en criticar. Efectivamente, por lo menos en lo que concierne a los nombres generales, el único cambio es que, mientras que en la teoría tradicional cada nombre general estaba asociado con una lista de propiedades, en la explicación de Katz cada nombre general está asociado con una lista de *conceptos*. Se sigue que cada contraejemplo a la teoría tradicional es también de inmediato un contraejemplo a la teoría de Katz. Por ejemplo, si Katz inscribe el concepto “amarillo” bajo el nombre ‘limón’, entonces estará comprometido con ‘todos los limones son amarillos’; si inscribe el concepto rayado bajo el nombre ‘tigre’, entonces estará comprometido con la analiticidad de ‘todos los tigres son rayados’; y así sucesivamente. En efecto, aunque Katz niega que sus “marcadores semánticos” sean ellos mismos *palabras*, está claro que pueden considerarse como una especie de lenguaje artificial. Por tanto, lo que Katz está diciendo es que:

(1) Se puede dar un esquema mecánico para traducir cualquier lenguaje natural a este artificial “lenguaje de marcadores” (y la “teoría semántica” de Katz es justamente ese esquema).

(2) La cadena de marcadores asociada con una palabra tiene exactamente el significado de la palabra.

Si (1) y (2) fueran verdaderos, deduciríamos de inmediato que existe un lenguaje posible — un “lenguaje de marcadores” — con la propiedad de que cada palabra que los seres humanos hayan inventado o pudieran inventar tuviera una definición analítica en ese lenguaje. ¡Pero esto es algo que tenemos todas las razones para no creer! De hecho: (1) acabamos de ver que si nuestra explicación de las palabras para “especies naturales” es correcta, entonces ninguna de estas palabras tiene una definición analítica. En particular, una palabra de especie natural será analíticamente traducible a un lenguaje de marcadores solamente en el caso especial de que un marcador haya sido introducido con su significado exacto. (2) Hay muchas palabras de cuya definición analítica no tenemos ni la más brumosa noción. ¿Qué aspecto tendría una definición analítica de ‘mamut’? (¿Diría Katz que es analítico que los mamuts están extintos? ¿O que tienen una cierta clase de muelas? Estos son los elementos mencionados en el diccionario). Decir que una palabra es el nombre de una especie extinta de elefantes es comunicar exactamente el uso de esa palabra; pero ciertamente no se trata de una definición analítica (esto es, de una condición analíticamente necesaria y suficiente). (3) Los *términos teóricos* en la ciencia no tienen definiciones analíticas, por razones bien conocidas para todo lector de la filosofía de la ciencia reciente; sin embargo, estos son, con toda seguridad, elementos (y no elementos atípicos) en el vocabulario de los lenguajes naturales.

Hemos visto ahora, según creo, una razón de la reciente falta de progreso en la teoría semántica: es posible envolver errores tradicionales en ropaje moderno, hablando de “reglas recursivas” y de “universales lingüísticos”, pero siguen siendo errores tradicionales. El problema de la teoría semántica es escapar a la representación de que el significado de una palabra es algo así como una *lista de conceptos*; no formalizar el cuadro equivocado.

EL PESIMISMO DE QUINE

Quine ha expresado durante mucho tiempo un profundo pesimismo acerca de la posibilidad misma de un tema como el de la “teoría semántica”. No podemos, ciertamente, asumir que *hay* aquí un tema científico que construir sólo porque el común de la gente tiene a veces ocasión de usar la palabra ‘significado’; eso sería como concluir que hay un tema científico que se tiene que construir y que se ocupará de la “causación”, tan sólo porque el común de la gente tiene la ocasión de usar la palabra ‘causa’ de cuando en cuando. En cierto sentido, el *todo* de la ciencia es una teoría de la causación; pero no en el sentido en el que usa la palabra *causa*. De igual modo, cualquier teoría exitosa y desarrollada del uso del lenguaje será, en cierto sentido, una teoría del significado; pero no necesariamente en el sentido de que empleará una noción así como el “significado” de una palabra o de una emisión.

Por elemental que esto sea, parece ser constantemente pasado por alto en las ciencias sociales y la gente parece suponer constantemente que, por ejemplo, la psicología debe hablar de “disgusto”, “atracción”, “creencia”, etc., simplemente porque el común de la gente usa esas palabras en la descripción psicológica.

Así, el pesimismo de Quine no puede simplemente descartarse; y por lo que concierne a la noción tradicional de “significado”, bien puede resultar que Quine esté en lo correcto. Pero nos queda todavía la labor de tratar de decir cuáles son los problemas reales en el área del uso de lenguaje y de intentar erigir un marco conceptual dentro del cual podamos empezar a tratar de darles solución.

Regresemos a nuestro ejemplo de las palabras para especies naturales. Es un hecho, y un hecho cuya importancia para el tema quiero hacer resaltar, que el uso de las palabras puede enseñarse. Si alguien no conoce el significado de ‘limón’, se lo puedo transmitir de alguna manera. Voy a sugerir que en este simple fenómeno reside el problema y, por ende, la *raison d'être*, de la “teoría semántica”.

¿Cómo transmito el significado de la palabra ‘limón’? Lo más probable es que le muestre el limón a la persona. Muy bien, cambiemos el ejemplo. ¿Cómo transmito el significado de la palabra ‘tigre’? *Le digo qué es un tigre*.

Es fácil ver que el propio esquema teórico de Quine (en *Palabra y Objeto*) no manejará muy bien este caso. La noción básica de Quine es la de *significado estímulo* (a grandes rasgos, el conjunto de estimulaciones en las terminaciones nerviosas que “incitan a asentir” a *tigre*). Pero: (1) es muy improbable que yo transmita exactamente el significado estímulo que ‘tigre’ tiene en mi idiolecto y (2) en todo caso, no lo transmito directamente, esto es, describiéndolo. De hecho, no podría describirlo. Quine trabaja también con la idea de *oraciones aceptadas*; de esta manera él podría de alguna manera tratar de manejar este caso como sigue: “El oyente en tu ejemplo comparte ya contigo una gran porción del lenguaje; de otra manera, no podrías decirle lo que es un tigre. Cuando tú ‘le dices qué es un tigre’, simplemente le dices ciertas oraciones que tú aceptas. Una vez que él sabe qué oraciones aceptas, él naturalmente será capaz de usar la palabra, al menos palabras de observación”.

Pero refinemos algo esta última réplica. Si la transmisión del significado de la palabra ‘tigre’ comportara la transmisión total de la teoría científica aceptada acerca de los tigres, o incluso de lo que yo creo acerca de los tigres, entonces sería una tarea imposible. Es verdad que, al decirle a alguien lo que es un tigre, “simplemente le digo ciertas oraciones” — aunque no necesariamente oraciones que yo *accepte*, excepto como descripciones de tigres lingüísticamente estereotípicos. Pero la cuestión es: *¿qué oraciones?*

En el caso especial de palabras como ‘tigre’ y ‘limón’, propusimos páginas atrás una respuesta. Dicha respuesta va como sigue: hay una *teoría* asociada de alguna manera con la palabra ‘tigre’; no la teoría que realmente creemos acerca de los tigres, la cual es muy compleja, sino una teoría simplificada que describe, por así decirlo, un *estereotipo* de tigre. Describe, en el lenguaje que usamos anteriormente, un *miembro normal* de la clase natural. No es necesario que creamos en esta teoría, aunque en el caso de “tigre” sí lo hacemos. Pero es necesario que estemos conscientes de que *esta* teoría está asociada con la palabra: si nuestro estereotipo de tigre cambiara alguna vez, entonces la palabra ‘tigre’ habrá cambiado su significado. Si, tomando otro ejemplo, los limones se volvieran azules, la palabra ‘limón’ no cambiará inmediatamente su significado. Cuando yo diga por primera vez, con sorpresa: “todos los limones se volvieron azules”, el limón significará todavía lo que ahora significa —lo cual equivale a decir que ‘limón’ estará asociado con el estereotipo *limón amarillo*, aun cuando la palabra se use para negar que los limones (inclusive los limones normales) de hecho son amarillos. Puedo referirme a una especie natural mediante un término que está “cargado” con una teoría que se sabe que ya no es verdadera de esa especie natural, sólo porque será claro para todos que lo que pretendo es referirme a *esa especie*, y no aseverar la teoría. Pero desde luego que si los limones realmente se volvieran azules (y así se quedaran), entonces, con el tiempo, ‘limón’ llegaría a tener un significado con la siguiente representación:

<i>limón</i> : palabra de especie natural	características asociadas
	cáscara <i>azul</i> , sabor agrio, etc.

Entonces ‘limón’ habría cambiado su significado.

Resumiendo: hay algunos hechos acerca de “limón” o de “tigre” (me referiré a ellos como a los hechos medulares) tales que el uso de ‘limón’ o de ‘tigre’ se transmite al simplemente transmitir esos hechos. Con mayor exactitud, no se puede transmitir el uso aproximado *a menos de que* se pase por los hechos medulares.

Permítaseme enfatizar que esto tiene el *status* de una hipótesis empírica. La hipótesis es que hay, en conexión con casi cualquier palabra (no solamente con palabras para “especies naturales”) ciertos hechos medulares tales que (1) no se puede transmitir el uso normal de la palabra (a satisfacción de los hablantes nativos) sin transmitir esos hechos medulares, y (2) en el caso de muchas palabras y muchos hablantes, la transmisión de esos hechos medulares es suficiente para transmitir al menos una aproximación al uso normal. En el caso de una palabra para especie natural, los hechos medulares son el que un miembro normal de la clase tenga ciertas características, o el que esta idea sea al menos el estereotipo asociado con la palabra.

Si esta hipótesis es falsa, entonces sí pienso que el pesimismo de Quine probablemente esté justificado. Pero si esta hipótesis es correcta, me parece que está claro cuál es el problema de la teoría del significado, independientemente de si se escoge llamarla ‘teoría del significado’ o no: la cuestión es explorar y explicar este fenómeno empírico. Preguntas que naturalmente se plantean son: ¿qué clases diferentes de palabras están asociadas con qué clases diferentes de hechos medulares? y ¿mediante qué mecanismo acontece que la sola transmisión de un reducido conjunto de hechos medulares permite que el escucha sea capaz de imitar el uso normal de una palabra?

Los wittgensteinianos, cuya debilidad por la expresión ‘forma de vida’ parece ser directamente proporcional al grado de excentricidad que adquiera en un contexto dado, dicen que adquirir el uso habitual de una palabra como ‘tigre’ es llegar a compartir una forma de vida. Lo que no ven, o al menos no logran enfatizar, es que, si bien la disposición adquirida puede ser lo bastante compleja y estar lo bastante eslabonada con otras disposiciones complejas para merecer mención especial (aunque difícilmente la rimbombante frase ‘forma de vida’), lo que *dispara* la disposición es a menudo sumamente discreto — *e.g.*, una simple definición léxica logra frecuentemente transmitir una idea bastante buena de cómo se usa una palabra. Sin duda alguna, como Wittgenstein enfatiza, esto es posible sólo porque tenemos una naturaleza humana compartida y porque hemos compartido un proceso de aculturamiento — tiene que haber una gran cantidad de trabajo de tramoya antes que uno pueda leer una definición léxica y adivinar cómo se usa una palabra. Pero en el proceso de “desbancar” este hecho — el hecho de que algo tan simple como una definición léxica pueda transmitir el uso de una palabra — se olvidan de tomarlo en cuenta. Está claro que hay mucho trabajo de tramoya, pero rara vez se trata de una puesta en escena designada específicamente para permitir que uno aprenda el uso de *esta* palabra. El hecho de que uno *pueda* adquirir el uso de un número indefinido de palabras nuevas sobre la base de simples “enunciaciones de lo que significan” es un hecho sorprendente: es *el* hecho, repito, sobre el cual descansa la teoría semántica.

En algunas ocasiones se ha dicho que el problema clave en semántica es: ¿cómo llegamos a comprender una nueva oración? Yo sugeriría que éste es un problema mucho más simple (aunque no carente de importancia). Es fácil describir, al menos en principio, como pueden usarse, por ejemplo, las palabras lógicas para construir oraciones complejas a partir de oraciones más simples (claro está que los análogos de las palabras lógicas en el lenguaje natural son mucho menos nítidos que las palabras lógicas del lógico matemático), y también es fácil decir cómo las condiciones de verdad, etc., de las oraciones complejas están relacionadas con las condiciones de verdad de las oraciones de las cuales se derivaron. Hasta aquí la cuestión *es* la de hallar una estructura de reglas recursivas con una relación adecuada a la gramática transformacional del lenguaje en cuestión. Yo sugeriría que la pregunta ‘¿cómo llegamos a entender una nueva *palabra*?’ tiene mucho más que ver

con todo el fenómeno de dar definiciones y escribir diccionarios que la pregunta anterior. Y este fenómeno — el fenómeno de escribir (y necesitar) diccionarios — es lo que da lugar a toda la idea de “teoría semántica”.

CLASES DE HECHOS MEDULARES

Contemplemos un poco más de cerca la clase de información que uno transmite al transmitir el significado de una palabra. Dije que en el caso de una palabra de “especie natural” uno transmite el *estereotipo* asociado: la idea asociada de las características de un miembro normal de la clase. Pero esto, en general, no basta; uno debe transmitir también la extensión, debe indicar en *qué* especie se supone que el estereotipo “encaja”.

Desde el punto de vista de cualquier teoría tradicional del significado, ya sea la de Platón, la de Frege, la de Carnap o la de Katz, esto es simplemente un sinsentido. ¿Cómo puedo “transmitir” la extensión de, digamos, ‘tigre’? ¿Se supone acaso que tengo que darles todos los tigres del mundo? (¡El cielo me asista!) Sólo puedo transmitir la extensión de un término dando una descripción de esa extensión, y entonces esa descripción deberá ser una “parte del significado”, o bien mi definición no será en absoluto un enunciado de significado. Decir: ‘le di ciertas condiciones asociadas con la palabra y le di la extensión’ (como si eso sencillamente no fuera solamente dar *más* condiciones) sólo puede ser un sinsentido.

El error del teórico tradicional radica en su apego a la palabra ‘significado’. Si dar el significado es *dar el significado*, entonces es dar una cosa definida; pero dar el significado no es, como veremos en un momento, dar una cosa definida. Para abandonar de una vez por todas la palabra ‘significado’, que aquí resulta extremadamente equívoca: no hay *un* conjunto de hechos que haya de transmitirse para transmitir el uso normal de una palabra, y tomar esto en cuenta requiere una complicación en nuestra noción de “hechos medulares”.

Que el mismo estereotipo podría estar asociado con diferentes especies parece raro si la palabra de especie que se tiene en mente es ‘tigre’; pero cámbiese el ejemplo a, digamos, ‘aluminio’ y entonces ya no parecerá raro en absoluto. Más o menos todo lo que *yo sé* acerca del aluminio es que es un metal ligero, que hace que duren más sartenes y cacerolas y que no parece enmohecerse (aunque ocasionalmente se decolora). Hasta donde *yo sé*, cada una de estas características podría perfectamente ajustarse al molibdeno.

Supóngase ahora que una colonia de terráqueos despegan en una nave espacial hacia un planeta distante. Cuando llegan a su planeta distante, descubren que nadie recuerda el peso atómico (o alguna otra característica definitoria) del aluminio, ni el peso atómico (u otra característica) del molibdeno. Hay un poco de aluminio en la

nave espacial, y un poco de molibdeno. Supóngase que ellos adivinan cuál es cuál y que adivinan mal. De ahí que usen ‘aluminio’ como nombre para el molibdeno y ‘molibdeno’ como el nombre para el aluminio. Es claro que ‘aluminio’ tiene un significado diferente en esta comunidad que en la nuestra: de hecho, significa *molibdeno*. Pero ¿cómo puede ser esto? ¿No poseían todos esos terráqueos la “competencia lingüística” normal? ¿No “conocían todos ellos el significado de la palabra ‘aluminio’”?

Esquivemos por un momento esta pregunta. Si quiero asegurar que los colonos de mi ejemplo sigan usando la palabra ‘aluminio’ de la manera que pasa por “normal” bastará con darles una prueba de aluminio (o simplemente darles una muestra cuidadosamente etiquetada y dejar que ellos descubran una prueba, si son lo suficientemente listos). Una vez que sepan *decir* cuál de los metales es el aluminio, seguirán usando la palabra con la extensión correcta, así como con la correcta “intensión” (es decir, el estereotipo correcto). Pero nótese una cosa: no tiene importancia *qué* prueba le demos a los colonos. La prueba no es parte del significado; pero el que haya una u otra forma de probar (o algo, *e.g.*, una muestra, a partir de lo cual pueda derivarse) es necesario para preservar el “uso normal”. El significado efectivamente determina la extensión; pero sólo porque la extensión (fijada por *una* u otra prueba) es, en algunos casos, “parte del significado”.

Hay aquí dos refinamientos suplementarios: si les damos una prueba, los colonos no deberán hacerlo parte del estereotipo — eso sería un cambio de significado. (Así, es mejor si no todos ellos *conocen* la prueba; en la medida en que sólo los expertos la conocen y el hablante medio “le pregunta a un experto” en caso de duda, el criterio mencionado en la prueba no puede infectar al estereotipo.) Preguntarle a un experto basta como prueba para el hablante normal; por eso es que no damos pruebas en un contexto ordinario.

Ahora podemos modificar de la manera siguiente nuestra explicación de los “hechos medulares” en el caso de una palabra para especie natural: (1) los hechos medulares son el estereotipo y *la extensión*. (2) Normalmente no necesita decirse nada acerca de la extensión, puesto que el oyente sabe que siempre podrá consultar a un experto si se plantea alguna cuestión. (3) En casos especiales — como el caso de los colonos — se puede correr el peligro de que la palabra quede ligada a la especie natural errónea, inclusive si ella se asocia el estereotipo correcto. En tales casos, se debe proporcionar alguna forma de obtener la extensión correcta, pero ninguna forma *particular* es necesaria.

En el caso de ‘limón’ o de ‘tigre’ surge un problema similar. Es lógicamente posible (aunque, quizá, empíricamente improbable) que una especie frutal no relacionada biológicamente con los limones pudiera ser indistinguible de los limones en cuanto a sabor y apariencia. En tal caso, habría dos posibilidades: (1) llamarlos

limones y, así, hacer de ‘limón’ una palabra para cualquiera de varias clases naturales; o (2) decir que no son limones (que, sospecho, es lo que los biólogos decidirían hacer). En este segundo caso, los problemas son exactamente los mismos que con el *aluminio*: para estar seguro de tener el “uso normal” o el “significado habitual”, o lo que sea, uno debe estar seguro de tener la extensión correcta.

El problema: que dar la extensión es una parte de dar el significado, surge también en el caso de nombres de cualidades sensibles, *e.g.*, colores. Aquí, sin embargo, es normal dar la extensión proporcionando una muestra, por lo que la persona que está aprendiendo la palabra aprende a reconocer la cualidad de la manera normal. A menudo se ha considerado un defecto de los *diccionarios* el que estén “atiborrados” de muestras de colores y fragmentos aislados de información empírica (*e.g.*, el peso atómico del aluminio), que no se distinguen nítidamente de la información “puramente lingüística”. La carga de la presente discusión es que esto no es en absoluto un defecto, sino que es esencial a la función de transmitir en cada caso los hechos medulares.

Podrían todavía mencionarse de pasada otras clases de palabras. En el caso de palabras “de un criterio” (palabras que poseen una condición analíticamente necesaria y suficiente) es obvio por qué el hecho medular es simplemente la condición analíticamente necesaria y suficiente (*e.g.*, “hombre que nunca se ha casado” en el caso de ‘soltero’). En el caso de palabras “cúmulo” (*e.g.*, el nombre de una enfermedad de la que se sabe que no tiene ninguna causa subyacente), es obvio por qué los hechos medulares son sencillamente los síntomas, o elementos, típicos del cúmulo; y así sucesivamente. Dada la *función* de una clase de palabras, no es difícil explicar por qué ciertos hechos funcionan como hechos medulares para transmitir el uso de palabras de esa clase.

LA POSIBILIDAD DE LA SEMÁNTICA

¿Por qué, entonces, es tan dura la semántica? En términos de lo que antecede, quiero sugerir que la semántica es una típica ciencia social. El descuido, la carencia de teorías y leyes precisas, la carencia de rigor matemático, son todas ellas características de las ciencias sociales de hoy. No ha de esperarse una teoría general y precisa que responda a las preguntas (1) ¿por qué tienen las palabras las diferentes clases de funciones que tienen? y (2) ¿exactamente de qué manera la transmisión de hechos medulares permite aprender el uso de una palabra? mientras no se tenga un modelo preciso y general de un usuario de lenguaje; y para ello todavía falta mucho. Pero el hecho de que Utopía quede muy lejos no significa que la vida cotidiana deba detenerse estridentemente. Tenemos muchísimo que investigar, a nuestra modo descuidado e impresionista y hay muchos resultados reales por obtener. El primer paso es liberarnos de las simplificaciones que nos impone la tradición y ver dónde

radica el problema real. Espero que este artículo haya sido una contribución al primer paso.